

## GABRIEL SALDIVAR Y SILVA

Nació en Jiménez, Tamps., el 5 de septiembre de 1909.

Murió en la ciudad de México en 1981.

Musicógrafo e historiador. Es autor de: *Historia de la música en México (épocas precortesiana y colonial)* (1934); *El jarabe* (1937); *Bibliografía y musicografía mexicana* (inédita).

Editó la *Historia de la Santa y Apostólica provincia de Santiago de Predicadores de México en la Nueva España*, de Juan José de la Cruz y Moya (1954); y ha publicado una *Colección de documentos para la historia de Tamaulipas*.

Fuente: Gabriel Saldívar. *Historia compendiada de Tamaulipas*. México, Editorial Beatriz de Silva, S. A., 1945. 358 p. IIs., p. 78-81.

### DON JOSE DE ESCANDON

Mencionamos a José de Escandón como la persona designada para efectuar el reconocimiento del terreno y llevar a cabo la conquista, y antes de pasar adelante conviene dedicarle algunas palabras que den idea de su personalidad.

Sacerdote o militar era el porvenir a que aspiraban los que querían una vida cómoda o brillante; y Escandón, cuando estuvo en aptitud de escoger la carrera profesional que estuviera más de acuerdo con su temperamento, se decidió por la segunda, siendo aun un adolescente de quince años (nació en Soto la Marina, montañas de Burgos, España, el 19 de mayo de 1700); y para mejor servir al ejército del rey vino luego a Mérida de Yucatán, en donde permaneció hasta cumplir veintún años de edad, y de seguro hubiera continuado por más tiempo como cadete de la Compañía de Caballeros Montados Encomenderos de la ciudad de Mérida, si no se presenta la ocasión de demostrar su valor y merecimiento al atacar a los ingleses y desalojarlos de la laguna de Términos, en Campeche; allí, por primera vez, se conoció su arrojo, y en el momento de premiar sus méritos se le dio el grado de teniente, con destino en una de las compañías del Regimiento de Milicias de la ciudad de Querétaro, puesto en el que tuvo magníficas oportunidades para mostrar sus capacidades de militar y distinguirse por

sucesos de la Conquista: tuvo las características de un asesinato en masa, y, mientras el conquistador afirma que sólo trató de adelantarse a una emboscada pérfida, varios historiadores no ven justificación plausible y consideran que es éste un imperdonable crimen.

Dejando tras de sí esta huella de espanto, avanzó Cortés con sus aliados tlaxcaltecas y traspuso las montañas de la Sierra Nevada, a mitad de la distancia entre el Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl, para contemplar desde lejos, con admiración y asombro, el maravilloso espectáculo de la gran Tenochtitlan, la ciudad lacustre que, cual nueva Venecia, se ofrecía como un premio a quien pudiera conquistarla. No hubo ya, en adelante, barrera que detuviese el ímpetu hispánico, y la pequeña, pero poderosa hueste, entró en la ciudad donde imperaba Moctezuma el 8 de noviembre de 1519.

## II

La mejor descripción de la capital del Imperio Mexica en los momentos en que, desde lo alto de la Sierra Nevada, la contemplaron extáticos los conquistadores, la ha dado ya —en su *Visión de Anáhuac*— la palabra inspirada de don Alfonso Reyes: “A sus pies —dice— en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.” El maravilloso espectáculo del Valle de México —“la región más transparente del aire”, según el gran humanista— al ser admirado por vez primera por los soldados hispanos, debió dejarles —como se advierte en Bernal Díaz— una impresión imperecedera en la que las notas dominantes serían la diafanidad incomparable de la atmósfera y la ciclópea majestad de las montañas que avasallan la llanura, tal y como aparece todo ello —de modo inimitable— en las pinturas de José María Velasco.

Descendiendo de las boscosas serranías a través de huertos floridos en aquel mes de noviembre en que el paisaje del valle se vuelve más luminoso, llegaron los españoles a la calzada de Iztapalapan —una de las cuatro que unían a la Venecia indígena con las riberas del lago— y caminando por ella hasta la entrada de la ciudad, vino allí a recibirlos el gran Moctezuma, todo él resplandeciente de oro, apeándose de las andas

en que lo conducían los suyos, ante la expectación de sus súbditos que no osaban mirarlo, y que lo reverenciaban y temían como a un dios encarnado.

Desde su arribo a Veracruz, Cortés había sido recibido como si fuese Quetzalcóatl que regresaba a sus dominios. En un año “uno caña” en el calendario indígena, el sacerdote y rey de los toltecas —símbolo de una Edad Dorada en que floreció la cultura y estuvieron proscritos los sacrificios humanos— había desaparecido en las playas de Coatzacoalco, ofreciendo regresar en ese mismo signo, que en su sistema recurría cada 52 años. Describían las leyendas a Quetzalcóatl como blanco y barbudo. Cortés era así, y procedía de Oriente, y llegó justamente en un año “uno caña”. Por eso Moctezuma, ya en el primer encuentro, le hizo saber cómo desde hacía meses sabía de su venida y lo estaba aguardando, y lo reconocía a él —o al rey que lo enviaba— como su señor legítimo.

Los españoles, entrados a la ciudad y aposentados en el palacio que fue de Axayácatl, iban constantemente de asombro en asombro. Es esta vez don Alfonso Reyes quien mejor describe el aspecto de los templos, palacios y mercados, mientras transita por ello un pueblo joven y vigoroso que habla una lengua meliflua, ama las flores y se atavía ricamente con las telas policromas y los vistosos plumajes. Descuella entre todo esto la imponderable variedad de joyas, mantas, vasijas, mantenimientos, animales y plantas y otros objetos que se ofrecen en venta en el gran mercado donde pulula una muchedumbre inmensa, venida de todos los rumbos del extenso imperio. Levantan sus moles majestuosas los innumerables templos donde los bárbaros ritos exigen la inmolación constante de víctimas humanas y los sacerdotes llevan las cabelleras embadurnadas de sangre. Contrasta con esa religiosidad austera y trágica el esplendor oriental del palacio de Moctezuma, la limpieza del monarca y el lujo con que se atavía, la abundancia y refinamiento sibaríticos de sus comidas, la muchedumbre de sus mujeres, la amenidad de sus jardines y los múltiples atractivos de sus pasatiempos. Era Moctezuma un gran señor que de continuo derramaba dones entre sus huéspedes. De edad de 40 años y “de buena estatura” —dice Bernal Díaz— tenía “el rostro algo largo y alegre, e mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor e, cuando era menester, gravedad”. Otro testigo afirma que era “asaz astuto, sagaz y prudente, sobrio, experto, áspero, (y) en el hablar muy determinado”.

Tal era el soberano de aquel poderoso imperio que se extendía por el golfo, desde el río Pánuco a la laguna de Catemaco, y por el Pacífico desde el río Balsas hasta la actual frontera con Guatemala.

A pesar de la buena acogida de los españoles, Cortés hizo aprehender a Moctezuma apenas seis días después de su llegada a Tenochtitlan, movido —según él— por la necesidad de atender a “la seguridad de los españoles y el servicio del rey”, y porque teniéndole en sus manos, “todas las tierras a él súbditas vernían más aína al conocimiento y servicio de Su Majestad”. Usó como pretexto la muerte que sufrieron unos españoles en Nauhtla, haciendo responsable de ella al propio Moctezuma. Teniendo ya a su arbitrio al prisionero monarca, Cortés envió varios destacamentos a explorar en busca de oro, sacado de los ríos, en Zozollan, Malinaltépec, Tochtepec y Chinantla, lugares del actual estado de Oaxaca. Otros grupos de españoles fuéronse a Coatzacoalco, y tanto este señorío como los de Chinantla y Pánuco vinieron a someterse voluntariamente.

Mas la prisión de Moctezuma, seguida de la de Cacama, rey de Tetzaco, de la de Totoquihuatzin, de Tlacopan, y de la de Cuitláhuac, hermano del emperador y señor de Itztapalapan, junto con la voracidad de los conquistadores sedientos de oro y el imprudente celo religioso con que destruyeron los ídolos, produjeron en Tenochtitlan una animosidad creciente, en contra de Cortés y los suyos, que sólo esperaba, para estallar, el momento oportuno. Esto sucedió cuando arribó a las costas del Golfo Pánfilo de Narváez, quien traía el encargo del gobernador de Cuba de apresar a Cortés y llevarlo a la isla. El conquistador tuvo entonces que salir de Tenochtitlan para enfrentarse a Narváez, a quien derrotó en Cempoala el 29 de mayo de 1520. Mas al regresar victorioso a México, encontró a sus habitantes en actitud rebelde. Pedro de Alvarado, al atacar, sin motivo justificado, a grupos de mexicas inermes que participaban en la fiesta de Tóxcatl, había provocado un tremendo levantamiento, y los españoles se vieron sitiados en su cuartel, desprovistos de agua y carentes de víveres. Cortés había vuelto el 24 de junio, y desde el día siguiente, Cuitláhuac —que había sido libertado por los propios españoles— encabezó la rebelión. Quiso el conquistador que Moctezuma arengase a su pueblo exhortándolo a deponer las armas, pero el emperador no fue escuchado y le arrojaron flechas y pie-

dras, dejándolo herido. Pudo todavía Cortés apoderarse del gran teocalli, pero de tal modo arreció el asalto de los indígenas mexicas, que le fue preciso emprender la retirada. La noche del 30 de junio es conocida en la historia como “La Noche Triste”. Antes de salir los españoles, abandonando Tenochtitlan fueron muertos todos los presos, incluso Moctezuma —según los anales indios—, si bien la mayoría de los cronistas hispanos afirman que el emperador murió a consecuencia de sus heridas. Perseguidos sin tregua por los indígenas, perecieron en sus manos muchos soldados españoles, mientras otros murieron ahogados en las aguas del lago. Escapó, sin embargo, la mayoría de la hueste, realizando proezas difíciles al atravesar los sitios en que la calzada de Tlacopan había quedado cortada, y una leyenda habla así del “Salto de Alvarado”. Acosados de continuo, sin descansar un momento, pasaron sin detenerse por Tacuba y Azcapotzalco, y al fin hicieron un alto allí donde hoy se levanta la iglesia de los Remedios. Aunque el ejército de Cortés había sido reforzado con los soldados de Narváez, y tenía, al salir de México, más de 1,100 soldados, sólo quedaban ahora cuatrocientos veinticinco y de los indios aliados habían perecido miles. Fue así como, en vertiginosa fuga, llegaron los españoles a Otumba el 7 de julio, y libraron allí una batalla que decidió su suerte. Vencedores en ella cuando estaban ya a punto de ser derrotados, pudieron de allí en adelante reparar sus fuerzas, acudieron a Tlaxcala para rehacer su ejército, y desde allí prepararon el definitivo ataque y asedio de Tenochtitlan. Mas este episodio final, en que Cuauhtémoc, acaudillando a su pueblo, se enfrenta sin titubear a un destino adverso, constituye la última etapa.

### III

Cuando Cortés y los suyos, después de “La Noche Triste”, llegaron en precipitada fuga hasta las tierras de los tlaxcaltecas, no se sentían muy seguros de ser allí bien acogidos, pues la noticia de sus descalabros había desacreditado su fama de invencibles. Sin embargo, los señores de Tlaxcala recibieron amistosamente a los españoles y —según Bernal Díaz— les dijeron que les pesaba mucho su desgracia y que consideraban como una proeza inaudita el que hubieran logrado escapar de

la Gran Ciudad de Tenochtitlan, por lo que, de allí en adelante, si antes tenían por esforzados a los conquistadores, ahora los estimarían en mucho más. Sólo lamentaron los tlaxcaltecas que hubiera habido una tan gran mortandad de los suyos a la salida de Tenochtitlan.

Las condiciones en que se encontraba el mermado ejército español era verdaderamente terribles; Cortés mismo iba mal herido en la cabeza, a consecuencia de dos pedradas, y había perdido dos dedos de su mano izquierda; en condiciones semejantes, o peores, hallábanse muchos de sus soldados. Pero los veinte días de descanso de que pudieron disfrutar en Tlaxcala antes de emprender nuevas campañas militares, les sirvieron admirablemente para curar sus heridas y equipar y abastecer nuevamente el ejército. Durante ese forzoso receso de la convalecencia, pudo Cortés aprender la lección de su derrota y preparar la estrategia que había de llevarlo a la victoria.

“Muchas cosas —dice el padre Cuevas— había que hacer sin pérdida de tiempo: recuento de tropas hábiles, segregación de los heridos corporalmente y de los pusilánimes, rehacer los alientos y la psicología desbaratada de casi todos. Para ello juzgóse expediente sacarlos de la ociosidad y echarlos de nuevo a la lucha en comarcas cercanas, donde la victoria había de ser segura. Estas conquistas parciales no fueron al acaso: formaron parte integral del nuevo plan, consciente y armónico, contrario al que había seguido: atacando del centro al perímetro sería derrotado de nuevo; había que, o derrotar a los pueblos del perímetro, o aliarse con ellos para luego, con todo ese elemento, concentrarse sobre la ciudad de las lagunas.”

Prosiguiendo ese plan así esbozado, Cortés logró apoderarse de Tepeaca a principios de septiembre de 1520, y en seguida cayeron, dentro del mismo actual estado de Puebla, las ciudades de Tecamachalco y Quechólac e Itzocan, llamada hoy Matamoros de Izúcar. Cayeron asimismo Tochtépec, Chinantla y Coixtlahuacan en el actual estado de Oaxaca, Ocuituco en el de Morelos y Cuauhquechollan en el de Puebla.

Cuando el buen éxito de esas campañas pareció indicar que había llegado el momento preciso para atacar el corazón del Imperio Mexica, los españoles traspusieron nuevamente la sierra que separa los valles de México y Puebla, procedentes de Texmelucan, encaminándose hacia Tetzoco. Desde lo alto de

las montañas contempló Cortés, nuevamente, la gran ciudad de Tenochtitlan y las poblaciones que la rodeaban. “Y aunque hobimos mucho placer de ver —escribe Cortés— considerando el daño pasado que en ellas habíamos recibido— representándonos alguna tristeza por ello, prometimos todos de nunca dellas salir sin victoria o dejar allí las vidas.”

Habiendo salido, pues, los conquistadores, de Tlaxcala, el 28 de diciembre de 1520, llegaron a Tetzcoco tres días después, el 31 de diciembre. Gobernaba ese reino Coanacóchtzin, quien, temeroso de los españoles, abandonó su ciudad, y Cortés, al entrar en ella, lo desposeyó de su señorío, entronizando en su lugar a su hermano Ixtlilxochitl, quien decididamente tomó partido en favor del capitán español. Fue luego bautizado y recibió entonces el nombre de don Fernando. Con base en Tetzcoco, lanzó Cortés un ataque para apoderarse de los pueblos chinampanecas: Chalco, Mizquic e Itztapalapan.

En otras expediciones ocuparon Xochimilco y Coyoacán en esa misma zona al sur del Gran Lago de México y también las ciudades de Cuauhnáhuac o Cuernavaca, Huaxtepec y Yacapichtlan en el valle de Morelos; otra incursión hacia el norte del valle de México, dejó en poder de los españoles a Xaltocan, Azcapotzalco y Tlacopan.

Entre tanto, los 13 bergantines que Cortés había hecho construir en Tlaxcala, fueron traídos —desarmados en pedazos— por los tamemes indígenas, y al fin fueron botados a la laguna de Tetzcoco el 28 de abril de 1521. De allí en adelante iba a ser posible iniciar el asedio de Tenochtitlan.

Mientras tanto, la capital del Imperio Mexica había sido terriblemente castigada por una epidemia de viruelas, enfermedad hasta entonces desconocida de nuestros indios y que había sido propagada por un negro que vino en el ejército de Narváez. Los mexicas murieron a millares, pues la epidemia azotó la ciudad durante 70 días, y el propio emperador, Cuitláhuac, enfermó de viruelas y murió a consecuencia de ellas el 25 de noviembre de 1520. En los primeros días de enero del siguiente año, el valeroso Cuauhtémoc, hijo del terrible Ahuizotl, fue coronado emperador. Era un joven de 25 años, y su nombre, que literalmente significa “Aguila que bajó”, equivalía también a “Sol Poniente”. Así, en su propio nombre, apareció profetizada la inevitable ruina de su imperio.

El asedio de Tenochtitlan duró 75 días, desde el 30 de mayo hasta el 13 de agosto de 1521. Cortés organizó su ejér-

cito de este modo: Pedro de Alvarado, situado con su campamento en Tacuba, tenía a su mando 30 soldados de a caballo, 18 arcabuceros y 150 peones, y estaban con él 25,000 tlaxcaltecas al mando de uno de sus señores, el famoso Chichimecatecuhtli. En Coyoacán estaba el campamento de Cristóbal de Olid con 33 soldados de a caballo, 18 arcabuceros y 160 peones, y con ellos 20,000 indios aliados. Gonzalo de Sandoval, quien originalmente había acampado en Itztapalapan, tenía bajo sus órdenes 20 jinetes, cuatro arcabuceros, 13 ballesteros y 150 peones con un conjunto de 30,000 indios auxiliares que procedían de Huexotzinco, Chalco y Cholula. “El plan de ataque de Cortés —dice el padre Cuevas— era dirigir contra la ciudad tres columnas de choque por las principales calzadas, conservando la comunicación entre los suyos por tierra, y aislando a los habitantes de la gran Tenochtitlan por medio de los bergantines y de la obstrucción de las calzadas. Así, lo que los antiguos mexicanos habían escogido dentro del agua como lugar de defensa, se les convertía, por esa misma razón, en su propia jaula y sepultura.”

Difícilmente fueron avanzando los conquistadores, pues los indígenas defendían el terreno de las calzadas, palmo a palmo. Muy pronto, sin embargo, los ejércitos de Sandoval y de Olid, partiendo respectivamente de Itztapalapan y de Coyoacán, lograron tomar el fuerte de Xóloc, donde se unían las dos calzadas, procedentes de esos puntos, formando de allí en adelante una sola hasta Tenochtitlan. Lograda esta victoria, Sandoval pudo trasladarse a Tepeyácac —donde hoy está el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe— para acosar desde allí a los heroicos tenochcas. Los bergantines, entre tanto, patrullaban las aguas del lago, impidiendo el acceso de bastimentos y de agua potable a la capital del imperio, sin que fueran obstáculo serio para sus movimientos las albarradas que había en el lago y que los indios habían esperado impedirían el paso de esas naves. Los españoles, a fin de someter a los tenochcas por el hambre y la sed, cortaban constantemente las acequias durante el día, pero los intrépidos aztecas las reparaban durante la noche. Muy pronto, sin embargo, el hambre y la sed hicieron sentir todos sus horrores en la ciudad sitiada: los tenochcas procuraban almacenar el agua que caía del cielo por las frecuentes lluvias, pero ésta no bastaba para sus necesidades y se vieron así obligados a beber la salobre de la laguna, con perjudiciales resultados para su salud.



Reducidos, como estaban, a sólo la isla, y no siéndoles posible recibir de fuera ningunos bastimentos, que les eran constantemente interceptados por los navíos españoles, muy pronto tuvieron que alimentarse de animales inmundos como lagartijas y ratones. No decaía, a pesar de todo, su ánimo heroico. Desde lo alto de los teocallis, los sacerdotes hacían sonar constantemente los lúgubres tambores y profetizaban una victoria próxima.

Entre tanto, los conquistadores, observando los estragos que se producían entre los valerosos habitantes de Tenochtitlan, aprovecharon esa situación crítica para realizar una serie de incursiones atrevidas hasta el corazón mismo de la gran ciudad. Pero sus ganancias eran efímeras: constantemente tenían que retroceder ante el irresistible ataque de los desesperados defensores, retirándose así, al atardecer, a su punto de partida, por miedo de que los mexicas cortaran durante la noche las calzadas y les fuera entonces imposible recibir ayuda desde sus campamentos, reproduciéndose en tal caso la funesta situación de "La Noche Triste". Pero aunque estas incursiones no lograban la conquista definitiva de la ciudad, le iban progresivamente dejando en ruinas, y sus defensores indios se vieron forzados a concentrarse en Tlatelolco para librar allí la última batalla. Las escenas que entonces se produjeron no han sido nunca narradas con toda la crudeza con que merecían serlo. Hasta el último momento, los guerreros mexicas trataron de defender sus templos y cuando vieron incendiado el gran teocalli de Tlatelolco, pusieron todo su empeño en defender a sus mujeres e hijos. Pero el hambre arreciaba tanto, que algunos padres desesperados empezaron a comer la carne de sus hijos. Así y todo, no desmayaba el gran emperador, y cuando una y otra vez el capitán español exhortó a los indígenas a deponer las armas, la contestación fue siempre la misma: "en ninguna manera vendrá mi señor... pues antes prefiere morir", contestó el Cihuacóatl a nombre de Cuauhtémoc. Mas, en la tarde del 13 de agosto de 1521, cuando el emperador azteca, junto con el rey de Tlacopan, trataba de escapar a los bergantines que lo acosaban, cayó en manos del español García Holguín, quien lo condujo ante Cortés, que le hizo el mejor recibimiento posible. Cuauhtémoc le manifestó entonces que, ya que él había hecho todo lo posible para defender a los suyos, sin lograr la victoria, no le quedaba otro destino sino la muerte. "Toma luego este puñal —le dijo— y márame."

su trato especial para con los indios: como amigos con mano suave y como enemigos con rigor implacable.

En largos dieciséis años ningún jefe militar logró tener pacíficos a los otomíes de Querétaro y su jurisdicción, y al encomendarse a Escandón que sosegara a los sublevados de Celaya en 1727 tuvo tal éxito que lo ascendieron a sargento mayor del regimiento, aunque los trámites fueron un poco tardados y recibió su grado hasta el año siguiente.

Severo e inflexible, redujo a los indios sublevados en el Real de Minas de Guanajuato en 1732; poco después, en Irapuato hizo lo mismo, y dos años más tarde apaciguó la sublevación de diez mil indios del Distrito de San Miguel el Grande, que amenazaban inminentemente la paz de la región.

Todas estas acciones le fueron acumulando méritos, que le valieron el grado de coronel del mismo regimiento en 1740, y ya a la cabeza de las milicias le era más fácil poder desarrollar toda su capacidad, y más todavía con el carácter de teniente de Capitán General de la Sierra Gorda, sus Misiones, Presidios y Fronteras, título que equivalía a representante del virrey en aquellos lugares, y que se expidió a su favor en 1741.

Así investido se dedicó a recorrer la Sierra Gorda, a la que hizo cuatro expediciones, sin costo alguno para el erario del rey, adquiriendo en los viajes un conocimiento pormenorizado de todos los lugares encomendados a su custodia, y por el hecho de no gastar nada de la real hacienda se atrajo la voluntad de sus superiores, y en el ejercicio del gobierno fue revelando otros aspectos de su personalidad.

Nuevamente, en 1742, dio muestras de su patriotismo y de su desprendimiento, al saber que un almirante inglés pretendía atacar el puerto de Veracruz, adonde se dirigió desde Querétaro con setecientos hombres, los cuales al llegar a Tehuacán recibieron órdenes de regresar por haber desaparecido el peligro; meritoria en sí la empresa, se conceptuó mayor, todavía, cuando se conoció que no se había hecho ningún gasto a la real hacienda, sino todas las erogaciones a costa de la suya propia.

Sobre el desarrollo de la tarea de pacificar la Costa del Seno Mexicano, y cuando apenas iba transcurrido un año de ella, sosegó un tumulto en la ciudad de Querétaro, provocado por el hambre en las multitudes, a quienes faltó el maíz de las cosechas que por la sequía no se levantaron.

Como Visitador de las Misiones se mostró intransigente con

muchas inmoralidades que halló en el manejo de los caudales que se entregaban a varias órdenes religiosas para que sostuvieran a los misioneros, encontrando con que había misiones que sólo figuraban en las listas de cobros; otras en que se daba a los misioneros una mínima parte de lo que se entregaba para sus sostenimientos y el de algunos indios y, finalmente, otras en las cuales existía un misionero y se daba sínodo para dos.

Con motivo de tal desorden hizo una reorganización de las misiones de la Sierra Gorda, repoblando unas y fundando otras nuevas, contándose entre aquéllas las de Jaumave —restaurada en 1743— y la de Palmillas —en 1745—; así como también fundó varios pueblos con vecinos españoles, comprendido entre ellos el de Jaumave en el mismo año de la repoblación de la misión.

El método seguido por Escandón para lograr éxito en el establecimiento de misiones y pueblos fue el de tener una vigilancia extrema sobre los indios, permitiéndoles muy pocas libertades y siempre halagados con mantenimientos y chucherías, aunque reprendidos con energía y dureza; e indudablemente que bajo sus disposiciones los subalternos llegaron a ser crueles en el castigo de los indios delincuentes, crueldades que le fueron imputadas a él, si bien logró salir de las acusaciones a salvo, aunque es probable que en ellas hubiera mucho de verdad, ya que se le considera y se le ha dado el título de exterminador de los pames de Querétaro; pero todas las muertes de indios acaecidas durante su largo gobierno de la Colonia, no llegaron a la mitad de las efectuadas en los cinco años siguientes a su fallecimiento.

Como comerciante logró amasar una gran fortuna, tanto en Querétaro como en el Nuevo Santander; pero la base de ella partió del aprovechamiento del trabajo de los indios en obras que tenía en aquella ciudad, con poca retribución en efectivo, vestidos y alimentos. Igualmente supo aprovechar con habilidad los inmensos terrenos de pasto, para meter en ellos grandes cantidades de ganado, tanto menor: de pelo y lana, como mayor: vacuno y equino, que se produjo con pasmoso asombro de sus émulos, quienes veían en el crecimiento de sus bienes al enemigo en los negocios o al defraudador de la real hacienda; y aunque del estudio de las acusaciones que le fueron formuladas en diversas ocasiones se descubre lo primero, lo otro nunca se llegó a comprobar, sino que siempre fue es-

pléndido por evitarle gastos a la Corona y en hacer obras de servicio público.

Como político se enfrentó abiertamente con el clero regular, el cual, en un principio, se mostró sumiso e imposibilitado para hacer objeciones a los defectos que en el funcionamiento de las misiones puso de manifiesto; pero después, principalmente en los comienzos de la colonización, fueron su peor enemigo, y enemigo emboscado que por un lado le ofrecía colaboración en la empresa y por el otro le trabajaba en contrario enviando memoriales a la Real Audiencia de México y al rey mismo, para que fuera destituido del comando de la Colonia. Sin embargo, logró imponerse por su gran habilidad para manejar a los indios, aunque tuviera siempre pendientes de cumplir innúmeras promesas a los frailes misioneros, o para llenar unas les concedía ciertas licencias que estaba en su mano conceder, como era permitirles vivir en los pueblos de españoles, alejados de los peligros y trabajos de la convivencia con los indios. Al clero secular lo consideró siempre como el peor enemigo de los colonos —mayor que los mismos indios—, ora porque pretendían cobrar diezmos, bien porque sus sermones no caían bien a gentes de armas, que más estaban para defender sus cuerpos de las flechas de los indios, que sus almas de las asechanzas del demonio.